

Navarra en la obra de Dante

FÉLIX FERNÁNDEZ MURGA

En tiempo de Dante Alighieri (1265-1321) las relaciones entre España e Italia, y especialmente las relaciones culturales, eran todavía escasas. El motivo principal de esa escasez de relaciones era, más aún que la relativa lejanía geográfica entre ambas, el aislamiento en que la península ibérica había quedado tras el desmembramiento del imperio romano por las invasiones bárbaras del siglo V de nuestra era. Ocurrió, además, que el cristianismo, que tenía en Roma su cabeza visible y que hubiera podido ser un poderoso factor de unión entre los estados que lo profesaban, no tenía fuerza cohesiva en España, cuyos obispos no reconocían al de Roma otro privilegio ni otra autoridad que la de ser “primus inter pares”¹. Y ese aislamiento político y religioso de España se había acrecentado, a principios del siglo VIII, con la invasión musulmana del año 711.

A propósito de esa escasez de relaciones entre España e Italia escribe Benedetto Croce: “Habiendo dado ambos países curso distinto a sus respectivas historias, absorbido uno por la guerra contra el enemigo nacional y religioso, y dividido el otro entre gentes y dominios diversos y de diversa conformación social y política, no tuvieron ocasión de tomar recíprocamente parte en sus respectivas vicisitudes, ni de establecer vivos y directos intercambios de cultura... La iglesia universal de Roma, aunque nunca se mostró indiferente a los asuntos religiosos de España, solamente en el siglo IX logró hacer valer sus derechos en aquellos estados cristianos”².

Se ha dicho que, hasta la época de Alfonso V de Aragón, es decir, hasta la primera mitad del siglo XV, las relaciones entre los dos países fueron sólo de carácter comercial o guerrero³. En realidad, también políticamente, y desde mucho antes, contó a veces Italia en España. Por ejemplo, en Castilla, cuyo

¹ José María BLÁZQUEZ, *Ciclos y temas de la Historia de España. La romanización*, Madrid, Ed. Istmo, 1975, t. II, pp. 288-291.

² Benedetto CROCE, *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza*, Bari, Laterza, 1949 (1ª ed. 1915), pp. 4-5.

³ Marcelino MENÉNDEZ PELAYO, *Antología de poetas líricos castellanos*, t. II, Madrid, CSIC, 1944, p. 246.

rey Alfonso VI (1065-1109) se casó en terceras nupcias con la italiana Berta de Lombardía y casó luego a una de sus hijas, Elvira, con el rey Rogerio I de Sicilia⁴.

De todas formas, sorprende la abundancia de noticias de todo género que sobre España hallamos en la obra de Dante⁵ y, sobre todo, en su inmortal *Comedia*, que su ilustre biógrafo Giovanni Boccaccio fue el primero en calificar de *divina*.

Esas noticias se refieren a personas y hechos de los diversos reinos cristianos de la península ibérica y, entre ellos, el pequeño reino de Navarra. Pequeño, sobre todo, desde que, el año 1200, Guipúzcoa y Álava, exceptuada la actual Rioja alavesa, se habían desgajado de él, uniéndose a Castilla.

La mayor parte de esas noticias sobre España en la obra del gran poeta florentino eran obviamente fruto de sus múltiples lecturas. Otras pudo proporcionarle directamente su anciano maestro, el notario Brunetto Latini (1220-1294) que había sido, el año 1260, embajador ocasional de los güelfos florentinos ante el rey de Castilla Alfonso X el Sabio. No pocas le llegarían también por medio de los numerosos viajeros italianos que, unos por devoción y otros por intereses menos espirituales, hacían el camino hasta la remota Compostela: hasta la tumba de “el barón por quien, allá lejos, se visita Galicia”, como él escribía (*Divina comedia*, “Paraíso”, XXV, 18).

Aquel camino, difícil y peligroso en los primeros tiempos de la peregrinación, lo había mejorado notablemente a principios del siglo XI el gran rey navarro Sancho Garcés III el Mayor (1004-1035), haciéndolo discurrir por tierras de su propio reino más despejadas y seguras para cruzar el Ebro por el antiguo, pero todavía transitable, puente romano de Mantible, en las cercanías de Logroño⁶. En un segundo momento, a finales del mismo siglo XI, el rey Alfonso VI de Castilla hizo construir en Logroño un nuevo puente de piedra y hacia él se desvió ya definitivamente el paso del Ebro.

Los italianos mostraron siempre gran interés por aquella vía de comunicación que, aparte de su primordial sentido religioso, penitencial, les brindaba a veces la posibilidad de buenos negocios. Así, el grupo de mercaderes genoveses a los que el rey navarro Sancho VI el Sabio daba el año 1166 garantías de tránsito seguro por sus tierras. A su vez, los mismos genoveses y los pisanos habían ayudado en 1115 y 1125 al arzobispo compostelano Gelmírez a construir una flota para defender aquel venerado sepulcro contra las incursiones de los piratas musulmanes⁷.

Para Dante aquel camino de peregrinación tuvo un gran poder de sugestión. Según él, sólo los que lo hacían podían llamarse verdaderos peregrinos, precisamente por la lejanía de aquella meta: “No se entiende por peregrino sino el que va o vuelve a la casa de Galicia, porque el sepulcro de Santiago está más lejos de su patria que el de cualquier otro apóstol” (*Vida nueva*, XL).

⁴ Antonio LINAGE CONDE, *Alfonso VI, el rey hispano y europeo*, Burgos, Ed. La Olmeda, 1994, pp. 210 y 214-215.

⁵ Roberto ROSSI, *Dante e la Spagna*, Milano, 1929; Félix FERNÁNDEZ MURGA, “Dante e la sua visione della Spagna”, *Lecture Classensi*, vol. 20-21, pp. 35-49, Ravenna, Longo editore, 1992.

⁶ Félix FERNÁNDEZ MURGA, “El puente romano de Mantible, en Assa, y su literatura”, *Symbolae Ludovico Mitxelena septvagenario oblatae*, pars altera, pp. 821-833, Vitoria, 1986.

⁷ José Luis MARTÍN, *La península en la Edad Media*, Barcelona, Teide, 1976, p. 387.

El peregrino italiano más ilustre había sido su admiradísimo san Francisco de Asís, según el libro de *Las florecillas*⁸.

De la historia más antigua de Navarra recuerda y lamenta Dante la derrota de Carlomagno en Roncesvalles: “La dolorosa derrota, cuando Carlomagno perdió la santa gesta” (*Divina comedia*, “Infierno”, xxxi, 16-17); derrota dolorosa, pues, por haberla sufrido el paladín de la fe cristiana.

Sobre Roncesvalles, escenario de aquella derrota, pudo darle noticias Brunetto Latini, que pasó por allí en ocasión de su antedicha misión diplomática ante Alfonso X el Sabio. Habla de ello Brunetto en su largo e inacabado poema alegórico-doctrinal titulado *Tesoretto* (versos 135-164), redactado en versos heptasílabos rimados que, traducidos al castellano, dicen así: “Cumplida la misión/ que me fue encomendada,/ emprendí mi regreso/ sin dilación alguna./ Y, llegado a un lugar,/ en tierras de Navarra,/ yendo por el camino/ llano de Roncesvalles/ encontré a un estudiante/ llegado de Bolonia/ en una mula negra/ y que, a decir verdad,/ era listo y valiente./ Y yo le pregunté/ noticias de Toscana”⁹.

En tiempos de Dante la preocupación de los historiadores por la exactitud de los datos geográficos dejaba a veces bastante que desear. Él mismo situaba a Caleruga (Burgos), patria del santo Domingo de Guzmán, a la orilla del mar “no lejos del batir de las olas” (*Divina comedia*, “Paraíso”, XII, 45-52). Y otro tanto hacía Brunetto Latini con la ciudad de Toledo en su obra enciclopédica *Los libros del tesoro* (II, 41-42), redactada en francés. Por su parte, un historiador árabe afirmaba que las naves de los normandos habían llegado hasta las puertas de Pamplona¹⁰.

De Navarra sabía bien Dante que se extendía a los pies del Pirineo, confinando con Francia. Y emite sobre ella un juicio de implícita benevolencia al lamentar el hecho de que esa barrera natural no le valiera entonces para evitar el ser gobernada por una dinastía francesa: “Dichosa Navarra si pudiera continuar defendiéndose con el monte que la ciñe” (*Divina comedia*, “Paraíso”, XIX, 143-144). Aludía el poeta a la dinastía francesa introducida en Navarra por Luis X el Hutín (1305-1316), una vez extinguida la también francesa dinastía de los condes de Champaña, que le había precedido en el gobierno de aquel reino.

Los reyes de esa dinastía de Champaña son vistos con simpatía por Dante. Había sido introducida en Navarra el año 1234, a la muerte de Sancho VII el Fuerte. No teniendo éste herederos directos, el trono navarro pasó a su sobrino el conde Teobaldo IV de Champaña (Teobaldo I de Navarra), hijo de su hermana Blanca, condesa viuda de Champaña. Y eso a pesar del desafecto que hacía aquel sobrino sentía el ya anciano Sancho VII, que lo acusaba de haber conspirado para arrebatarle el trono. Para evitar que Teobaldo pudiera un día acceder a ese trono, llegó a firmar un pacto de mutuo prohijamiento

⁸ *I fioretti di san Francesco* (Introduzione e note di Guido BETTELLI), Torino, UTET, 1928, pp. 11-15.

⁹ Brunetto LATINI, *Tesoretto*, en “Poeti del duecento” a cura di Gianfranco Contini, tomo II, pp. 180-181. Milano-Napoli, R. Ricciardi editore, 1960.

¹⁰ Claudio SÁNCHEZ ALBORNOZ, *Vascos y navarros en su primera historia*, Madrid, Ed. Centro, 1975, pp. 370-371, n. 19.

con el rey aragonés Jaime I el Conquistador, pacto que comportaba la recíproca herencia de sus respectivos tronos, lo cual no llegó luego a efectuarse¹¹.

Fueron sólo cuatro los reyes navarros de la dinastía de Champaña: Teobaldo I (1234-1253), Teobaldo II (1253-1270), su hermano Enrique I el Obeso (1270-1274), hijo también de Teobaldo I, y Juana I (1274-1305), hija de Enrique I.

De Teobaldo I de Navarra, llamado el Trovero, habla Dante en su tratado latino *De vulgari eloquentia* (Del habla vulgar) poniendo de relieve su condición de buen poeta, cantor del amor cortés. Era, por tanto, uno de los precursores del *Dolce stil novo* italiano que Dante había cultivado en los años de su juventud. Al referirse a él, lo llama sencillamente el “Rey de Navarra” (*Rex Navarrae*) y recuerda el comienzo de dos de sus más celebradas canciones: “De fin amor si vient sen et bonté” (Del fino amor derivan cordura y bondad) y el de la otra: “Ire d’amor qui en mon cor repaire” (Enojos de amor que en mi corazón anidan). La primera, especialmente admirada por Dante, que la cita dos veces en esa obra latina (Libro I, IX, 3 y Libro II, V, 4), sería una de las canciones que compuso Teobaldo para la reina Blanca de Castilla, madre de Luis IX, rey de Francia. La segunda, que Dante considera también obra de Teobaldo I, los críticos la atribuyen a otro poeta francés de la época, Gace Brulé¹².

A Teobaldo lo llama “el buen rey Teobaldo” (*Divina comedia*, “Infierno”, XX, 52). Lo hace curiosamente por boca de un condenado de su Infierno, al que nombra sólo como *el navarro* y del que hablaremos luego.

Tenía buenas razones aquel infeliz para considerar bueno al rey a quien había servido. Casado Teobaldo II con una hija de san Luis rey de Francia, había acompañado a éste en la cruzada contra Túnez y, al igual que él, había muerto de peste en Sicilia, el año 1270, cuando regresaba a su reino. San Luis había demostrado siempre un gran afecto hacia aquel yerno suyo.

Muerto sin hijos Teobaldo II, el trono navarro pasó a su hermano Enrique el Obeso. Dante presenta a este rey como hombre “de muy benigno aspecto” y “con la mejilla apoyada en la palma de la mano”, en amistoso coloquio con el rey de Francia Felipe III (*Divina comedia*, “Purgatorio”, VII, 103-111).

Hacia Felipe III de Francia que, después de muerto Enrique el Obeso, se había convertido en suegro de la hija y heredera de éste, Juana I de Navarra, no muestra Dante ninguna simpatía en este pasaje de su *Comedia*, a pesar de colocarlo también en el Purgatorio. Lo llama despectivamente *Naricilla* y dice que “murió huyendo y deshonrando las lises”. Así enjuicia el poeta la retirada de Felipe III a Perpignan tras la derrota francesa de las Vísperas sicilianas. Peor trato recibe aún su hijo Felipe IV el Hermoso al que llama “mal de Francia”. Casado éste con la antedicha Juana I de Navarra, fue padre de Luis X el Hutín. Convertido Felipe el Hermoso por ese matrimonio en rey de Navarra y, al morir su padre, en rey también de Francia, ambos tronos pasarían luego

¹¹ Luis Javier FORTÚN PÉREZ DE CIRIZA, *Sancho VII el Fuerte* (1194-1234), Pamplona, Mintzoa, 1986, pp. 327-342

¹² Dante ALIGHIERI, *De vulgari eloquentia* (commentato e tradotto de Aristide Marigo), Firenze, F. Le Monnier, 1948, pp. 64-65, 200-201, 216-217, 297.

a su hijo Luis el Hutín. En ambos casos Navarra quedaba relegada a un segundo plano en los intereses y en las atenciones de aquellos reyes¹³. No le faltaban motivos a Dante para compadecer, como hemos visto, aquel estado de cosas.

Por lo que se refiere a ese enigmático personaje, *el navarro*, cuyo nombre no nos da el poeta y a quien Dante y Virgilio encuentran en el Infierno, los comentaristas dicen que se trata de un personaje que realmente ha existido y que se llamaba Champolo, es decir, Juan Pablo¹⁴. En su tiempo debió de ser bien conocido en Navarra. Su padre, arruinado económicamente, se había suicidado.

El navarro es el verdadero protagonista del Canto XXII del “Infierno” dantesco y a él está dedicado casi íntegro el canto. Dante y Virgilio, en su viaje por las regiones infernales, lo encuentran sumergido en la bolsa de pez hirviente donde sufren el castigo por sus malas obras los prevaricadores y barateros. Dado el tono casi festivo de las comparaciones que el poeta emplea para describir la situación y el comportamiento de aquellos infelices, se diría que sus tormentos le dejan indiferente. Y es lógico que así fuera, puesto que era la justicia divina la que los ha condenado. Aparecen los condenados en aquella horrenda balsa como las ranas en los charcos: unos enteramente sumergidos y otros con la cabeza fuera, pero prontos a sumergirse a la menor alarma. Uno de ellos se ha descuidado en hacerlo a la llegada de los dos extraños visitantes y un diablo, agarrándolo por los pelos con una garrocha, lo saca de la balsa chorreando pez. Parecía, dice Dante, una nutria cuando el cazador la saca del agua. Virgilio, a petición de Dante, le pregunta quién es y el condenado le da noticias de sí mismo y de sus progenitores: “Nací en el reino de Navarra. Mi madre, que me había engendrado de un bellaco, arruinador de sí mismo y de sus bienes, me puso al servicio de un señor. Más tarde entré al servicio del buen rey Teobaldo y luego empecé a hacer de baratero. De ello pago la culpa ahora en este fuego”. Mientras tanto, otro diablo le clava en las carnes sus colmillos de cerdo. El poeta comenta: “Entre malas gatas ha caído el ratoncillo”. La conversación entre Virgilio y el navarro es cortada secamente por otro diablo: “Ya hemos aguantado demasiado”. Y con un garfio empieza a desgarrarle los músculos de un brazo mientras otro hace lo mismo con los de las piernas. Ante ese feroz proceder de sus esbirros, el navarro ve que el estar momentáneamente fuera de la pez hirviente, en lugar de suponer un alivio del castigo a que está condenado, es sólo ocasión de mayores suplicios para él. Y decide escapar como sea. Pero sus vigilantes advierten esa intención y redoblan su vigilancia para que no demuestre ser más listo que todos ellos. Sin embargo, todo fue inútil porque el navarro –prosigue Dante– supo aprovechar bien el momento oportuno. Afirmó sus pies en tierra y, pegando un gran salto, se zambulló en la hirviente balsa de pez. Los burlados diablos entablan una airada discusión sobre quién había sido el culpable del descuido, y el principal responsable se lanza en vuelo tras el fugitivo gritándole: “Ya eres mío”. Lo que le sirvió de poco porque “sus alas fueron menos veloces que el miedo del perseguido”, el cual se refugió bajo la su-

¹³ Jaime del BURGO, *Historia general de Navarra*, tomo 1, pp. 741-771, Madrid, Rialp, 1992.

¹⁴ SIEBZEHNER-VIVALDI, *Dizionario della Divina Commedia*, Milano, Feltrinelli, 1965, p. 112.

perficie de la pez. Le pasó –dice el poeta– como al halcón que acosa a su ánade y, cuando está a punto de atraparlo, éste se le zambulle. El espectáculo se anima aún más ante los ojos maravillados de los dos viajeros cuando otra pareja de los diablos burlados por el navarro se enzarza en pleno vuelo en una pelea y los dos caen en la hirviente balsa, de la que no pueden salir porque la pegajosa pez les embadurna las alas. Sólo consiguen hacerlo gracias a la ayuda de sus compañeros, que les tienden largos arpones desde la orilla. Pero al navarro le quedaba al menos la satisfacción de haber burlado a sus atormentadores y haberles visto sufrir, aunque por poco tiempo, el mismo suplicio al que él estaba condenado.

Estas son las peripecias que la fantasía del poeta imaginó para *el navarro* protagonista del Canto XXII de su “Infierno”.

Hemos visto, por otra parte, cuáles fueron sus personales apreciaciones sobre la historia de la Navarra de su tiempo.

RESUMEN

Dada la escasez de relaciones culturales entre España e Italia en la época de Dante, admira la abundancia de noticias que aparecen en la obra de éste relativas a los reinos cristianos de la península ibérica y, entre ellos, Navarra. Aunque la exactitud de los datos geográficos no solía preocupar mucho a los escritores de entonces, Dante anota bien que Navarra se halla al pie del Pirineo, que la separa de Francia. Y lamenta que esta barrera natural no logre librarla de la influencia política francesa. Pero habla con simpatía de los reyes navarros de la casa de Champaña. Ello no obsta para que sea un antiguo servidor del pío rey Teobaldo II quien, con la escueta denominación de *el navarro*, protagonice el Canto XXII del “Infierno” dantesco.

ABSTRACT

Considering the lack of cultural relations between Spain and Italy in Dante's times, the number of references to the Iberian peninsula's Christian kingdoms, Navarre among them, that appear in his work remains quite astonishing. Although geographical precision did not rank very highly among the priorities of writers of this time, Dante notes that Navarre is to be found at the foot of the Pyrenees which in turn separate it from France. He even goes so far as to regret that this natural barrier is not enough to spare the province of French political influence. He does, however, speak well of the Navarran kings from the house of Champagne. This does not prevent him from being a staunch supporter of the devout King Teobaldo II who, under the succinct name of *the Navarran*, leads Canto XXII in the “Inferno”.